



CRÍTICA RADICAL Y MEMORIA

Gilly, Adolfo

Historias clandestinas

México, La Jornada, 2009, 307 p.

Schopenhauer ha observado: “Los hechos de la historia son meras configuraciones del mundo aparental, sin otra realidad que la derivada de las biografías individuales. Buscar una interpretación de esos hechos es como buscar entre las nubes grupos de animales y de personas. Lo referido por la historia no es otra cosa que el largo, pesado y enrevesado sueño de la humanidad. No hay un sistema de la historia, como lo hay de las ciencias que son auténticas: hay una interminable enumeración de hechos particulares”.

138

Karl Marx, a su vez, sostiene que la historia, en tanto la hemos hecho nosotros, no es objetiva y propone “la crítica despiadada de todo lo que existe, despiadada en el sentido de que la crítica no retrocede ante sus propios resultados ni teme entrar en conflicto con los poderes establecidos”.

Eduardo Hughes Galeano, hacia 1982, ha vuelto a escribir la historia de América; sin remordimientos, acomete la prescindencia de las narraciones de los vencedores, y también de su estilística. Estas portentosas omisiones lo llevan a averiguar el idioma de los perdedores, los rebeldes, los locos. Como es natural, decide que es inevitable omitir para siempre su propio apellido galés.

Para el autor de este libro, Adolfo Gilly, la historia es un *discurso de poder*. La historia, cuyo objeto privilegiado es la descripción y el conocimiento de las relaciones sociales y de sus transformaciones, “puede adoptar frente a ellas dos actitudes que no les son permitidas a las ciencias naturales frente a su objeto: *justificarlas* explicándolas como inmutables y naturales o *criticarlas* explicándolas como cambiantes y transitorias”. El 17 de octubre de 2003 aymaras, campesinos, obreros, vendedores ambulantes, mineros, desempleados, estudiantes indígenas, migrantes de todos los rumbos tomaron La Paz y derribaron al presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada. Gilly se pregunta si es ésta la primera revolución del siglo XXI. Acaba por contestarse: “Cuesta darle a esta insurrección boliviana el nombre de ‘revolución’. Cuesta empezar de nuevo con ese viejo cuento, cuando ya parecía haber ‘consenso’ en que las revoluciones eran cosa del pasado y ahora nomás elecciones habría, transiciones democráticas, gobernabilidades, acuerdos y consensos. Cuesta tener que tratar otra vez con lo intratable: la revolución, otra vez aquí, otra vez violenta, confusa, sucia, mal vestida, mal comida, mal hablada, oliendo a pobre, otra vez tirándonos encima con violencia sus cuerpos y sus muertos”.

“A la luz del relámpago: Cuba en octubre” es un capítulo admirable. Es imposible no agradecer todas sus observaciones y noticias. En los primeros días de noviembre, Anastas Mikoyan, el dirigente soviético que mejores relaciones tenía con los cubanos, llegó a La Habana a resolver la “crisis de noviembre”, es decir, el conflicto entre los soviéticos y los cubanos por el retiro inconsulto de los misiles. Mikoyan fue recibido por toda la dirección cubana.

Su informe de aquellos días es una mezcla heterogénea. Abarca muchos y curiosos paisajes. Mikoyan le dijo a la dirección –incluidos Fidel y Raúl Castro, y Ernesto Che Guevara–, según su propio informe: “Creo que ustedes pueden permitir que los representantes neutrales de U Thant lleguen por barco a un puerto cubano y, sin poner pie en territorio cubano, observen la carga y el despacho de esas armas en los barcos soviéticos”.

La discordia llegó a lo inconcebible:

“Entonces, repentinamente, Fidel, en tono calmo, hizo la inesperada declaración: ‘Una inspección unilateral tendría un efecto monstruoso sobre la moral de nuestro pueblo. Hemos hecho grandes concesiones. Los

imperialistas norteamericanos llevan adelante con toda libertad sus fotografías aéreas, y nosotros no se los impedimos por pedido del gobierno soviético. Quiero decir al camarada Mikoyan, y lo que le digo refleja la decisión de nuestro pueblo entero: No vamos a aceptar una inspección. No queremos comprometer a las tropas soviéticas y poner en peligro la paz del mundo. Si nuestra posición pone en peligro la paz del mundo, entonces creemos que es más correcto considerar a la Unión Soviética liberada de sus obligaciones y nosotros resistiremos solos por nuestra cuenta. Tenemos el derecho de defender nosotros nuestra dignidad”.

Las insurrecciones intermitentes, la Revolución Mexicana, el ejército indígena y la utopía de José María Arguedas completan este libro ejemplar.

De 1966 a 1972, el argentino Adolfo Gilly fue preso político en la cárcel mexicana de Lecumberri. Hasta ahí fue a verlo Eduardo Galeano. Como Galeano, cree que entre la crítica radical y el discurso del poder establecido oscila el porqué y su para qué de todas las historias.

Román Cortázar Aranda